

dos, á necesidades y tendencias racionales y libres. No quiere esto decir que pueda trazarse una línea divisoria entre los sentimientos superiores y las emociones orgánicas; así como no hay idea pura que no vaya acompañada y sostenida por imágenes, así todo sentimiento, aun el más elevado, irradia su acción en el fondo donde nacen las pasiones. Una acción moral llevada el heroísmo excita nuestro entusiasmo y conmueve todo nuestro sér; un dolor moral puede alterar en tal manera las funciones orgánicas hasta causar la muerte.

7.—Infiérese de aquí la parte importantísima que á las tendencias afectivas y volitivas corresponde en la adquisición, desenvolvimiento y organización de las ideas. El patrimonio intelectual allegado por cada individuo no es la expresión desinteresada é integral de la realidad, sino más bien unilateral y vista al través de los coeficientes subjetivos y personales. El carácter, la educación, los hábitos contraídos, las necesidades, tendencias y gustos individuales, todo nuestro sér concurre á encauzar los conocimientos en una dirección que más interesa al estado personal en cada momento. En nuestras experiencias y relaciones con el mundo exterior retenemos aquella parte de las percepciones que despierta algún interés solamente, lo que es asimilable al estado psicológico del momento, es decir, aquello que logre despertar y atraer la afectividad; todo lo demás se pierde en la indiferencia y en el olvido. La atención, que no es más que la aplicación de la actividad intelectual, se despierta en el grado que los objetos responden á una necesidad ó tendencia efectiva. La inteligencia es una potencia de adaptación vital de las impresiones á nuestras necesidades, las cuales ejercen el papel de elementos selectivos de la realidad asimilable. De las múltiples impresiones recibidas de los objetos, solamente se incorporan al organismo de la conciencia aquellas que logran despertar algún interés y poner en movimiento alguna tendencia; en general, puede decirse que percibimos

real y efectivamente tan sólo aquello que de algún modo nos interesa.

La retención de las imágenes en la memoria, su enlace y agrupación dependen también muy principalmente de las relaciones con las necesidades y los intereses prácticos. Las imágenes se conservan en la memoria acompañadas de su tonalidad afectiva, y se asocian bajo una pasión ó sentimiento dominante que absorbe y funde los sentimientos elementales, como el tono principal domina y da unidad á los armónicos. La actividad imaginaria es extremadamente movable; la afectiva es, en cambio, más lenta, de aquí su papel de fijador y moderador del curso de las imágenes. El relieve de éstas en la conciencia y su persistencia, así como la prontitud y la facilidad de su reproducción, dependen de la intensidad del coeficiente afectivo; predominan aquellas que van acompañadas de un sentimiento intenso; las que no están ligadas á algún sentimiento se desvanecen pronto y se pierden en la inconciencia. Las ideas fijas que con tenacidad nos obsesionan y acaparan el campo de la conciencia, rebeldes á veces á todo esfuerzo de la voluntad, provienen de los sentimientos á que van unidas. Los desequilibrios mentales, las manías y locuras, tienen su origen principal en desequilibrios pasionales.

Las imágenes se agrupan en la memoria por relaciones objetivas de coexistencia y sucesión, semejanza y desemejanza; pero hay otro principio de asociación subjetiva más importante, que las ordena en relación con nuestras necesidades. La memoria es una representación objetiva del pasado, pero los recuerdos están orientados al presente y á lo porvenir; debiendo considerarse como medios de interpretación ó instrumentos de adaptación de las experiencias futuras á nuestras tendencias y necesidades. Todas aquellas imágenes que no despiertan interés, por no tener conexiones con nuestros estados afectivos, sensibles ó ideales, permanecen disgregados en la conciencia y sin relieve, y ó se despiertan, ó es para desaparecer sin dejar rastro alguno.

En suma, los estados afectivos son en el mundo de la memoria centros de asimilación, de organización, de movimiento y utilización de las imágenes.

La inteligencia está igualmente sometida en su ejercicio á la influencia bienhechora ó perturbadora de los sentimientos y de las pasiones. Bienhechora, porque son éstos estímulo necesario del trabajo mental; perturbadora, porque la hacen vivir en un ambiente interesado, obligándola á soportar el peso de tendencias pasionales, que se interponen entre ella y la realidad para juzgarla, no como es, sino alterada al través de la pasión. El amor es ciego, y lo es por su exclusivismo, en el sentido de impedir la amplitud de visión, concentrando el foco intelectual en la parte solamente que interesa á la pasión.

Espontáneamente la inteligencia se mueve impulsada por las necesidades y los intereses prácticos de la vida; la especulación teórica, desligada de toda finalidad práctica, es un resultado de la reflexión, que exige cierta madurez en la evolución mental de los individuos y de las sociedades. Ciertamente que la vida se desenvuelve en el plano trazado por las ideas, y, en tal sentido, éstas son las que orientan y canalizan la acción; pero es verdad también que las ideas están al servicio de las tendencias é impulsos vitales, y, en este otro sentido, estos son los que en la vida práctica marcan el rumbo á la inteligencia.

Nuestra inteligencia no suele colocarse desinteresadamente enfrente de las cosas; entre unas y otras está la naturaleza del sujeto con sus necesidades, sus tendencias y sus fines, y que le imponen la selección de aquella parte de la realidad que responde á las necesidades y fines de la naturaleza. De hecho, y sin que sea siempre un obstáculo para la realidad del pensamiento, éste ha de vivir en un ambiente personal é interesado. Al lado de la realidad, que imparcialmente se ofrece á la inteligencia, están los coeficientes subjetivos y personales; todo este mundo interior de ideas, tendencias, sentimientos, hábitos contraídos, que forman

nuestro temperamento y nuestro carácter, que pesan fuertemente sobre la inteligencia, y la fuerza no pocas veces á ver en la realidad, no todo lo que ésta ofrece, sino aquellos aspectos solamente que responden al estado del espíritu y se prestan á la asimilación. Nunca el hombre puede despojarse de sí mismo; por depurado que el conocimiento esté por la reflexión, siempre pone algo suyo propio, siquiera este coeficiente subjetivo no siempre haya de contrariar la verdad objetiva. El amor de sí mismo, el deseo de bien, de perfección es el principio de toda actividad, y nosotros no podemos sustraernos á esta tendencia necesaria, ni en el orden mismo de la inteligencia. Es, por consiguiente, también el amor resorte de energías intelectuales; sin amor no hay ideales ampliamente comprendidos, ni hondamente sentidos. Y sin ideales, la vida se desenvuelve pobre, mezquina é infecunda. Las grandes figuras de la humanidad han sido hombres de ideales, sostenidos y fecundados por una gran pasión. Si es verdad que las ideas conducen al hombre, también lo es que los ideales son elaborados al calor de la pasión, y de ésta reciben toda su fuerza y fecundidad práctica. Los individuos y los pueblos no viven una vida intensa, no desenvuelven el fondo de energías de que son capaces, sino á condición de tener ideales y apasionarse por ellos.

Esta influencia del sentimiento y de la pasión sobre la inteligencia, puede también ser un obstáculo para la rectitud de la inteligencia misma. En lugar de enfocarla directamente sobre las cosas, por verlas en su propia realidad, las envuelve en un ambiente personal, al través del cual vemos solamente el lado que nos interesa. La pasión es una fuerza exclusivista y despótica, que tiende á dar relieve y asimilarse cuanto puede alimentarla, y á excluir del campo de la conciencia cuanto se resiste á la asimilación. Ella absorbe en provecho propio, y del núcleo central de ideas que la determinan, todas las energías psíquicas, borrando y aniquilando los sentimientos antagónicos y las ideas que pueden despertar estos sentimientos. Y cuando se eleva á las altu-

ras del pensamiento y es aceptada por la voluntad, entonces se constituye en un ideal permanente que se desarrolla y enriquece á expensas de las otras ideas.

La vida intelectual y la afectiva presentan caracteres marcadamente opuestos; predomina en la primera el elemento impersonal y objetivo, y en la segunda el subjetivo. La inteligencia, en presencia de la realidad, es asimilada por ésta, adoptando sus formas y haciéndose en algún modo todas las cosas: *intellectus*, según la frase de Aristóteles, *quodammodo fit omnia*; al revés en la vida afectiva, que los objetos del sentimiento entran á formar parte integrante de nuestro sér, subjetivándose y haciéndose en algún modo nosotros. El sentimiento y la pasión envuelven así los objetos de nuestras ideas en un ambiente personal, obligándonos á ver la realidad al través de nosotros mismos, ó, mejor dicho, á vernos á nosotros mismos en ella. De aquí su influencia decisiva, no sólo en el ejercicio y orientación de las ideas, sino también en los juicios objetivos. Nos levantamos un día en estado de bienestar y equilibrio orgánico, que nos inducen á juzgar benévolamente las cosas y los actos de las personas que nos rodean, los mismos que al día siguiente encontramos molestos y censurables. La simpatía ó antipatía por una persona nos hace ver é interpretar idénticas acciones de maneras opuestas, en conformidad con los sentimientos (1).

8.—En la vida superior de la reflexión, las actividades de la conciencia se hallan todas sometidas, en mayor ó menor grado y hasta un cierto límite, á los imperativos de la voluntad. Parece, sin embargo, á primera vista, que la inteligencia, con sus ideas directrices, ocupando el *summum* de

(1) Sobre la influencia del sentimiento y del corazón en la inteligencia, puede leerse el genial libro de Balmes: *El Criterio*, especialmente los capítulos XIX y XXII.—Véase también A. Eymieu: *El Gobierno de sí mismo*, páginas 237 y siguientes. Traducción castellana, 1908.

esta vida superior, debiera ser una excepción; y que la voluntad no hace más que moverse dócilmente en los planes ideales, por aquello de *nihil volitum quin praecognitum*, el querer es en cierto sentido efecto del conocer. Pero también es verdad que la inteligencia es un instrumento movido por la voluntad, y aplicado á los fines por ella propuestos; y si por un lado no hay determinación voluntaria sin juicio precedente, por otro la inteligencia construye estos juicios y encamina el curso de sus ideas bajo la autonomía del querer libre; en el orden práctico, sobre todo, las ideas no son eficaces, ni descienden de la región teórica para ser insertadas en la vida, hasta no haber sido aceptadas por la voluntad, y convertidas de *ideas-luces* ó simplemente *indicativas*, en *ideas-fuerzas* ó *imperativas*.

El curso de las ideas no se desliza al acaso, todo él va impulsado y dirigido por una ley inmanente de finalidad en la vida práctica y aun en la teórica, el pensamiento obedece á un fin previamente aceptado é impuesto por la voluntad. Los propósitos de la voluntad á la vez que concentran y avivan el foco intelectual, limitan el ángulo de visión, ejerciendo sobre la inteligencia una acción doble: selectiva, por una parte, de ideas y asociaciones favorables, creando hábitos psicológicos y ordenando las representaciones en planes sistemáticos en armonía con los fines voluntarios; y, de otra parte, inhibitoria de asociaciones y estados mentales contrarios. Y cuando el propósito de la voluntad es un ideal hondamente sentido y deseado con pasión, entonces se instala despóticamente en medio de la conciencia absorbiendo en provecho propio todas las actividades, agrupando á su alrededor y dando relieve á los elementos psicológicos similares, y obrando como disolvente de las fuerzas contrarias. Los propósitos de la voluntad actúan así sobre la inteligencia á manera de juicios anticipados ó prejuicios, cerrándonos la visión integral y desinteresada de las cosas, é imponiéndonos una visión unilateral, estrecha y exclusivista de los motivos que favorecen el fin impuesto. Por eso somos

tan malos jueces en los asuntos que de cerca nos interesan y en que hemos puesto nuestros amores, los cuales, aun sin quererlo ni sospecharlo, pesan en la balanza de nuestros juicios:

Donde con más relieve aparece esta influencia de la voluntad sobre las ideas, es en los intereses de la vida práctica, y en la vida moral. La organización de nuestras ideas prácticas, nuestras apreciaciones sobre las cosas y personas que de cerca nos interesan, tanto como juicios dictados por la inteligencia, suelen ser adhesiones instintivas ó voluntarias, determinadas por nuestros deseos y conveniencias. En cuanto á los principios que regulan la conducta moral, su demostración y comprensión racionales son accesibles por lo complejas á pocas inteligencias; de aquí que para la mayoría de los hombres, más bien que resultado de evidencias racionales, son dictados del sentimiento desenvuelto por la educación. Hay verdades que sólo comprende el que las siente y las practica, y á las cuales debe irse no sólo con la inteligencia, sino con el alma toda. El avaro no entiende cuando se le habla de generosidad, de desinterés, de sacrificio, y no comprende estas cosas porque no las ha sentido, y no las siente porque no las ha amado ni practicado. Para comprender la vida moral y la vida religiosa en toda su plenitud, es necesario haberlas vivido y amado intensamente.

9.—Parece que en el terreno de la especulación científica debiera la inteligencia manejar sus ideas desinteresadamente y con exclusión de todo factor subjetivo é interés personal, de toda otra finalidad que no fuese la de traducir fielmente la realidad. Pero este desinterés es relativo; el sabio es inseparable del hombre, y el hombre concurre á la obra científica con su temperamento, con su educación, sus gustos y aficiones, con sus ideales preconcebidos, con su organización psicológica, con toda su historia personal. El ideal de la ciencia consistiría en hacerse independiente de estos factores personales; pero como todo ideal, es plena-

mente irrealizable; sería para esto necesario que el sabio se despojase de sí mismo.

En mayor ó menor grado, todos los grandes pensadores han tejido sus sistemas filosóficos bajo la presión de estos coeficientes subjetivos y personales. Cada uno de ellos elige un punto de vista que le parece fundamental, le estudia con perseverancia para reducirlo todo á él, y por fin se persuade de que efectivamente todo se reduce. Con el tiempo llega á sufrir una especie de atrofia parcial de su inteligencia, haciéndose cada vez menos sensible á otras maneras de ver que difieren de la suya; sus convicciones ganan así en firmeza y serenidad, pero sólo á beneficio del sistema cerrado y estrecho de ideas que se ha construido, y á costa de la verdad desinteresada, objetiva é integral.

Aunque no tanto como en las altas concepciones de la filosofía, también interviene el factor personal en los procedimientos é investigaciones de la ciencia, y sobre todo en los resultados é inducciones generales. Es la ciencia una interpretación de la realidad, y para interpretar el sabio esta realidad y darla un sentido y valor científicos, pone en juego y la envuelve en un tejido de conceptos, definiciones, teorías, hipótesis y hábitos mentales, previamente y acaso inconscientemente elaborados y moldeados en el troquel de su temperamento, de sus gustos y aficiones. El sabio lleva, pues, á la ciencia, además de su inteligencia, un espíritu, una actitud y tendencias personales que imprimen una orientación determinada á las ideas, procedimientos y maneras originales de ver, de sentir y de apreciar la realidad, resultado de su temperamento y educación. El investigador no va en sus análisis indiferentemente al acaso y á lo que resulte, sino bajo un plan y dirigido por una idea ó hipótesis, y con el propósito de encontrar una solución anticipada y obscuramente prevista. Y esta hipótesis ó solución anticipada, actuando como una fuerza interesada y selectiva, da relieve á unas cosas, y deja perderse otras acaso de mayor valor y significación, para recoger de la realidad compleja

aquel lado solamente que interesa al propósito. En estas condiciones no es difícil hacer decir á la experiencia y á la estadística de los hechos lo que conviene á la hipótesis preconcebida; un partidario de la evolución, por ejemplo, y el de la permanencia y fijeza de los tipos naturales, encontrarán igualmente confirmadas sus hipótesis opuestas en la realidad; un Spencer verá por todas partes rigiendo el determinismo mecánico, allí donde un Bergson encuentra indeterminismo y libertad universales.

Dejemos de lado los motivos de otro orden extraños á la conciencia científica del sabio, pero que ejercen presión sobre ella: la exaltación personal, estímulos sociales, intereses creados, que también los hay en las regiones desinteresadas de la ciencia, todo el cúmulo de hábitos psicológicos y adaptaciones vitales que constituye su carácter, han de influir, quiéralo ó no, en mayor ó menor grado, en la orientación y en el resultado de la labor intelectual. Que el hombre de ciencia, por aquilatada que se suponga su rectitud y probidad científicas, siempre es hombre. Sin incurrir en las exageraciones pragmatistas, bien puede afirmarse que el sabio, y, sobre todo, el filósofo, ven ó interpretan la realidad al través de toda su historia y psicología personales.

Hay que reconocer, pues, la parte que á las tendencias espontáneas y voluntarias corresponde en el curso de las ideas; no solamente mueven la actividad intelectual y orientan su ejercicio, sino que se infiltran en todas sus decisiones, trabajando por dominar al pensamiento y ponerlo á su servicio; y prácticamente lo consiguen en cierta medida, puesto que si examinamos nuestras adhesiones y certidumbres espontáneas, nuestras opiniones y juicios de orden práctico sobre todo, más que resultado de evidencias objetivas, son, en gran parte, imposiciones de nuestras tendencias y necesidades subjetivas; el buen sentido práctico y moral de la humanidad suele ser, en la mayor parte de los hombres, afirmaciones del sentimiento, más bien que resultado de evidencias racionales. Nuestra adhesión á las verda-

des morales no puede explicarse por la inteligencia sola; para comprenderlas, hay que sentir las y vivirlas; exigen de nosotros, lo mismo que las verdades religiosas, la adhesión del alma entera. Que no hay en nosotros una inteligencia que conoce el bien por un lado y una voluntad que lo realiza por otro, sino un solo hombre que conoce la verdad, y la sigue y practica en cuanto es bien.

Pero no hay que exagerar las cosas y sacarlas de quicio, hasta afirmar con el voluntarismo que quien piensa en nosotros es la voluntad libre, manejando la inteligencia como un instrumento que se plegase absolutamente á sus imperativos libres, y como si ella determinase libremente los asentimientos y fabricase el pensamiento y la verdad á la medida de sus deseos. El pensamiento tiene sus leyes lógicas y objetivas de la verdad independientes de nuestro querer libre. Somos libres para mover la inteligencia y para elegir el objeto de nuestros pensamientos, como lo somos en los movimientos del cuerpo; pero esta libertad se halla limitada y condicionada por las leyes lógicas de la inteligencia y por las leyes físicas del organismo y del medio en que ha de moverse. La verdad de nuestros pensamientos tiene su ley y fundamento en la realidad, y la voluntad no crea á su antojo esta realidad ni sus leyes; que las cosas no las juzgamos porque así nos convengan y en la medida que responden á nuestros deseos, sino porque así son y en la medida que aparecen á la inteligencia (1).

10.—La idea, en cuanto conocimiento, consiste en una adaptación de la actividad intelectual al ser y á las leyes del ser real; es ante todo y sobre todo un instrumento de verdad. Pero tiene además otro fin ulterior; que no se le ha dado al hombre la inteligencia para pensar estérilmente la verdad, ni para contemplar pasivamente el plano de la realidad, sino que aspira á vivirlas. La verdad es bien, y como tal apetecible

(1) Cfr. Balmes: *El Criterio*, capítulo último.

y excitadora de las tendencias profundas del alma. La misma relación que existe ontológicamente entre lo verdadero y lo bueno, que se identifican en el sér real, esa misma ó análoga se da psicológicamente entre la inteligencia y la voluntad, que se funden en una sola realidad fundamental. No hay realmente una inteligencia que concibe y una voluntad que ejecuta, sino un solo y mismo sér que piensa y vive lo pensado.

Y en este sentido las ideas son causas ó *principios de acción*; son *fuerzas*, para seguir la denominación corriente, que excitan y ponen en movimiento las energías profundas de nuestro sér, sacándolas de su estado potencial, inconsciente y amorfo, y encauzándolas en una orientación concreta y definida. Las ideas, en efecto, contienen el diseño de nuestra acción posible sobre las cosas, y el plano de la realidad en donde han de actuar y desenvolverse aquellas actividades. Sin representaciones, nada de movimiento ni de vida psicológica; tendencias, emociones, movimientos todo va determinado por una representación y gira alrededor de ella como de un núcleo central. Podemos así considerar las ideas en nuestra conciencia como conjunto de fuerzas en distintas direcciones que se suman ó contrarrestan unas á otras, y la acción como el complemento ó resultado de este movimiento ideal. Una inteligencia equilibrada suma estas fuerzas poniendo orden en ellas y encauzándolas en la misma dirección, para traducirlas en una vida práctica fecunda é intensa; por el contrario, la incoherencia ideal trae consigo el choque y la dispersión de las energías, la miseria psicológica y la inconstancia y superficialidad de la vida. La debilidad mental no consiste siempre en la pobreza de ideas, sino en la impotencia de ordenarlas y evitar su dispersión, que, anulándose así unas á otras, dan por resultado la abulia é indecisiones de la voluntad. Las ideas son, pues, verdaderas causas y principios de acción; todo acto ó efecto es la realización de una idea (1).

(1) Cfr. Eymieu: *Obr. cit.*, páginas 71 y siguientes.

Pero conviene precisar y no exagerar las cosas: las ideas no son esencialmente y por naturaleza activas; su función inmediata es traducir mentalmente el plano de la realidad, en donde no todo es movimiento, sino que hay también formas estables; hay, pues, ideas estáticas y dinámicas. Por otra parte, de la serie no interrumpida de representaciones que cruzan la conciencia, muchas, quizá la mayor parte, nos dejan pasivos é indiferentes, ó sólo despiertan el interés puramente especulativo de conocer la verdad, sin descender al fondo donde nacen las tendencias ni provocar movimientos hacia los objetos. La teoría de las *ideas-reflejos*, que hace de éstas simples transformadores de las impresiones en movimiento, se halla desmentida por la experiencia psicológica.

Y es que la fuerza motriz de las ideas nace no de ellas mismas, sino de su poder de asociación y de organización de elementos psicológicos de todo género, de su prolongación en las profundidades donde se elaboran los sentimientos y las pasiones, de su aptitud para remover este fondo afectivo y hacerle vibrar, dando salida al torrente de energías psicológicas, y, sobre todo, de su aceptación por la voluntad, que las convierte entonces en imperativos de la conciencia. Los hombres de acción han de ser hombres de ideas, pero de ideas hondamente sentidas é incorporadas á la vida. Confinado el intelectual en las altas regiones de la especulación teórica, sin enlace con los resortes impulsores del sentimiento y de la acción, no es el tipo más á propósito para realizar empresas que exigen un gasto grande de energías. El intelectual como el *dilettante*, son *estetas* del pensamiento, «ricos en ideas pobres», sin prolongación de estas ideas en la realidad de la vida concreta, incapaces de mover los resortes de una voluntad fuerte.

11.—La eficacia de las ideas, su sugestibilidad afectiva y potencia motora están en razón inversa de su carácter abstracto é impersonal, y directa de su inserción en el curso